

Con gran tristeza lindando en los bordes de la indignación he leído en los últimos días a algunos compatriotas arguyendo referencias al "por que no se rebelan los cubanos en la patria" quizás con la intención pretenciosa de justificar un diálogo con el tirano. Estas malas preñeses la empeoran con partos de lenguas ofensivas afirmando que el cubano pasa hambre y no se rebela. Que lo obligan al trabajo forzado y no se rebela. Que el cubano obedece en silencio. Que aplaude su propia miseria y que solo se preocupa por la solución de sus problemas o necesidades cotidianas más que culpar al tirano de toda su tragedia. Que hasta le falta valor y coraje para corregir la desventaja de la ferocidad del enemigo. Y para que seguir mis apreciados compatriotas y lectores.

Sólo les faltó vociferar que cuando ascendió al cielo el último de nuestros héroes, se llevó con él la escalera de la vergüenza y la dignidad cubana.

Se olvidan que aunque en un contexto distinto, pero en similitud de opresor y oprimido, Carlos Manuel de Céspedes junto a sólo un puñado de hombres cincelaron nuestra historia y nuestro orgullo de ayer y de siempre. De la obra de Martí frente a un enemigo tan poderoso. Esos plumíferos parece que desconocen de la nacionalidad de los hombres que se alzaron ayer en el heroico Escambray, de los recios plantados y el presidio político, de los valientes de la clandestinidad, de los que cayeron erguidos frente al paredón, de cuantos desembarcaron en Cuba y los que desesperadamente han continuado la lucha desde el destierro para evitar que la historia de ese mismo destierro se convierta en una lápida fría con un humillante epitafio.

Parece que estos sicofantes creen que cuando cayó el último de nuestros mártires de hoy, allí terminó Cuba de parir hombres de su talla y gallardía. Frente a ello consuela que tantos años de sangre, sacrificio y muerte son más que suficientes para lavar tanta ignominia que se pretende verter sobre el cubano de hoy. Estamos conscientes de todos los males, deficiencias e indefensión de nuestro pueblo frente a una insaciable tiranía. Hemos vivido todas las deslealtades y traiciones a nuestra ennoblecida causa y patria. Pero ello en manera alguna justifica ofenderlo y humillarlo a distancia, engendrando malos pensamientos y conceptos por malos días y años. Insinuando que los valores en Cuba se han agotado. Mas aún cuando se trata de un pueblo que se ha fraguado precisamente combatiendo tantas tiranías en tan corto tiempo de historia republicana. Los que pretenden tal ofensa al pueblo cubano, se olvidan que en la historia de la sangre y de los pueblos siempre hay más de un acto. Y en ese escenario faltan muchos actos tras el telón de lo enigmático y heroico.

Por otro lado, bien pudieran responder los cubanos de la isla: Pudieran explicarnos ustedes los del destierro, que teniendo libertad de movimientos con tantos recursos y sintiéndose triunfadores en todos los campos quieren indilgarnos

<sup>en los intereses de esta</sup> ~~bajo~~ la sanguinaria tiranía todo el peligro y la responsabilidad bajo nuestras desiguales e infernales circunstancias, cuando el deber del destierro es acercarse y correr algún riesgo para alcanzarnos la mezcla para la rebelión que proclaman. Y así saber juntos quienes tienen bríos y guáramo para rebelarse y quienes no. No nos acusen por no rebelarnos acá si ustedes allá riñen incansablemente. Allá donde la diatriba y la división es una ecuación constante. allá donde la demagogia y las ambiciones hacen ejercicios maratónicos. Allá donde todo sobra y no han logrado ningún objetivo concreto y alentador para proporcionarnos los medios y la mezcla para la reclamante rebelión.

Muchos de estos compatriotas del exilio que arremeten contra el pueblo cubano son casi los mismos que tremolan la bandera intimidante y apocante de la paranoia pavorosa en referencia a la sangre y a cualquier estrategia fuera del diálogo monologante. Pretendiendo así cambiar la honra por la paz, olvidando que así, sólo se cosecha la deshonra y no se obtiene la paz.

Se niegan a aceptar que la desesperación infunde valor hasta en el hombre más sumiso. Que los hombres y los pueblos por defender la vida y sus valores llegan en algún momento al convencimiento de que, no será peor lo que pueda suceder mostrándose valiente que acobardándose.

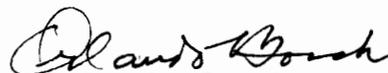
Nuestro pueblo, y aunque fuere siguiendo la ley universal de las minorías, siempre se ha mostrado valiente. Lo que sucede es que no tiene los medios (mezcla) para materializar esa valentía y rebelarse, y así crear lo único a que le teme la tiranía: Un estado de desconfianza, de desobediencia, de insurrección y rebelión. Para ello no importan las dificultades si estamos conscientes del tamaño de la grandeza del intento. Y que el viento que apaga una luz puede encender una hoguera.

Es de más valía y compasión el que en Cuba resiste una vida tormentosa aunque fuere sin rebelarse, que aquellos que andan aventados por el mundo camelando y de sobandero de siglas socialistas, líderes y de cancillerías putativas mejicanas tras el renombre y en busca desesperada de un espacio político.

Pero estas críticas nada importan para cuando lleguen los días gloriosos que se acercan. Mientras tanto hay que seguir aferrado al apotegma de que cuando a los hombres y a los pueblos se le cierran todos los caminos, las decisiones de esos mismos hombres y pueblos es LIBERRIMA, aunque esté fuera de toda regla convencional y explicaciones hipotéticas o no, ya fueren cruentas o incruentas.

Pero para ello lo importante no es ser hombre como decía Martí, sino hombre a su tiempo y hombre de todos los tiempos. Y que la matriz que un día parió a un Martí, a los Maceos, a un Guitera, a un Echevarría y un Boitel, todavía no está menopáusica ni tiene sida.

Fdo.

  
Orlando Bosch.